

**PIBITXS DEL RÍO**  
**Fabián Díaz (CHACO/CABA)**

PERSONAJES

PIBITO

1.

**PIBITO**

Mi nombre es Javier González.

Javi.

Ojo chino.

Ponja.

Cabeza, también.

Tengo 23. Soy argentino. Y chaqueño.

Para los que no saben, Chaco queda acá. Al norte. Tiene un río: El Bermejo. Y tiene monte. Y viento norte. Tierra y calor.

Ojo chino. Me dicen. Cabeza. Ya lo dije.

Ojo chino porque tengo esta parte así. De los ojos. ¿Se ve? Una pielcita que me cubre y me hace parecer un ponja. De chico me creía un ponja-ninja y una vez me tiré, desde el techo a una pileta pelopincho. De cabeza. Y me la partí. Mal. Dicen que se me vio un poco el seso.

Ja.

Dicen cualquiera. Lo que salió fue mucha sangre. La pelopincho un estanque rojo parecía. Y me quedó esta cicatriz. Acá.

Entreno fuerte. Mal. Me recebo con la sogá y los saltitos.

El río me dio esta sogá. Como un ahogado que expulsa el agua de los pulmones, un día la escupió. Y desde que llegó la sogá no dejó de saltar. También le doy con garras a la tabla. Y al clap. Clap. Clap.

Tengo una meta clara: Cruzar nadando el río.

Ja.

Cien metros.

Ja.

Parece una gilada. Pero no. Acá el Bermejo se morfa todo.

Tengo una hija relinda que ahora tiene 3. Se llama Lupe. Lupecita. Lucecita de mi vida, tres años ya tenés. Mi amor. Relinda sos. Qué ojitos más chiquitos. Tan chinitos los

tenés. Y ese piquito de frutillita todo rojo lleno de ese dulce de leche que morfás sin parar.

Repibe, la tuve.

Ja.

Sí. ¿Y qué?

Es relindo coger. Y a veces, si se coge sin parar, salen pibitos y pibitas así de lindxs.

Ja.

Con la Yani la tuvimos. La Yani también está rebuena. Y es pendjita igual que yo. Ahora tiene 20. Pero a los 16 la conocí. Y nos gustamos.

Te quiero besar con lengua, le dije.

Ja.

Respondió.

Mil veces la pasé a buscar en mi motito. Una Gilera reruidosa. Un día vamos a cien por hora y me grita desde atrás: Vos también sos lindo, ojo chino.

Y vos estás rebuena, Yani. ¿Querés coger?

Sí.

¿Acá en el río?

Ja.

Dale.

Y ahí en el río cogimos mil veces. Como ranitas en el pasto verde, que nos dejaba la piel tatuada con las ramas y las piedras.

Qué lindo tu culito, Yani.

A ver.

Sí. Qué lindo tu culito.

Y una vez, de las mil veces que cogimos tanto y sin parar a pura lengua, ahí al lado del río, seguro así, la hicimos a la Lupe.

Lupe, Lucecita. Qué linda sos. Mirá tu pelito y ese pocito que asoma como una laguna de cristal. Un pequeño río seguro entra ahí, en tu huequito del cachete.

A la Yani y a mí nos gusta bailar cumbia. Siempre llevé en mi motito un parlante repotente. Este. Mil millones de woofers más poderoso que un agujero negro. Y ahí en el pasto lo conecto al *blutú* del celular. Y mientras nos besamos antes de coger. Y mientras cogemos también, le doy a full al volumen del parlante y una tarde las cumbias milagrosas casi que cambian el curso de este río.

Ja.

Qué zarpada que es la cumbia.

Mejor bajale el volumen, ojo chino. Mirá si el Bermejo se retoba.

Ja.

Yani, el Bermejo es amigo.

Seguro cuando la hicimos a la Lupe. Lo juro por sus ojitos, seguro escuchamos esta cumbia. Es mi preferida. Y desde que la Lupe abrió los ojos, es la cumbia que no deja de bailar.

Ja.

Está rebuena esta cumbia. No tiene letra. Solo el pibe que la agita al principio y dice así:

*“Como ustedes saben yo no soy ningún logi,*

*Ni cheto.*

*Hace varios años que escucho cumbia, no sé.*

*Vamos a hacer ahora un himno nacional de la cumbia.*

*Y ahí tiramos la remera, ta”*

<https://www.youtube.com/watch?v=sDXA21JWfDM>

*PIBITO entrena fuerte.*

El río se traga todo.

Posta.

Tiene una fuerza rezarpada.

Parece una pielcita marrón y suave, así como lo ves. Pero ahí en el centro, si te agarra un remolino y te envuelve, chau ninja. Fuiste Ponja. De vos no queda nada. Y si los dorados, esos monstruos rezarpados no te morfan, entonces con suerte el río te escupe, 10 kilómetros más allá, envuelto en camalotes.

Qué pendeja hermosa la Yani. Y la pibita también. Para mí no hay nada más lindo que la Yani moviendo el culito con esta cumbia. Y ahora la Lupe, Lucecita, desde que empezó a gatear, mete pasitos como puede. Menea como si supiera que ese baile la engendró al borde de este río.

Sí. Somos dos pibitxs que tuvieron a la Lupe rependejos y la aman sin parar.

**2.**

Acá enfrente nomás, pasa el río que les digo. El Bermejo.

Un río rojo bien profundo y lleno de monstruitos que mejor no conocer.

De este lado es El Chaco. Lleno de indios.

Ja.

Acá nació yo.

De aquel lado, 100 metros nomás, ya está Formosa.

La Yani y su culito son de allá. Y yo, el pibito chino recabeza, de acá. La Lupecita no sabemos. Cogimos de este lado y de aquel todos los días. Yo la veo rechinita. Y chaqueña, a full.

Ja.

Los documentos de la Lupe dicen Formoseña. Pero no, la Lupe es del borde, de allá y de acá. O del río. No sé.

Regringos son los formoseños. Caretas. Lameculos. Pero todo bien, he. La Yani es renegrita, negrita quemada del sol, medio india igual que yo y no se entiende cómo fue a nacer ahí. Ojo, tienen buenos bafles, unos parlantes rezarpados, con luces de colores, que se traen bien de contrabando desde el Paraguay. Dos mangos pagan todo, lo revenden por el doble y si no lo venden se lo quedan. Al primo de la Yani le compré mi parlante extraterrestre, estas yantas voladoras, la camperita inflable con capucha, la gorrita y la remera musculosa.

**3.**

La peste frenó todo. Me dejaron de jeta al río.

Los vigilantes son el enemigo y te gritan en la cara: no vas a pasar.

Entonces que vengan ellas. Grito yo.

Hay una peste, pibe. No sé si te enteraste. Y ustedes los chaqueños la arrastran como moscas. La Lupe es formoseña. Eso dice el DNI. De acá no sale, ni ella ni la Yani y vos tampoco entrás.

Me reenteré de la peste, bagre-vigilante. La peste son ustedes. Son la caca. Que un remolino en el río se los trague. Igual ya fue. Ustedes no me importan. No entreno para bardearla con la yuta. Ya lo dije. Entreno para cruzar el río a pura brazada roja.

8 meses que no las veo.

Entre ellas y yo, este río que morfa tierra roja.

Ay, Lupecita. Imagino tu corazoncito que golpea. Ya voy.

Yo laburo el ladrillo de este lado. Barro. Agua. Barro, horno y sol.

Ladrillero cabeza, la guita se hace de contrabando, dicen los giles formoseños. No. Yo la hago del barro. Yo cargo miles de bloques colorados hechos piedra.

La peste dejó un silencio blanco, igual a ese ruido que queda en el parlante cuando se corta el blutú. Solo se escucha el río, que se agita como una tripa hambrienta. Yo lo alimento con ladrillos y ramas, así no me despedaza cuando salte. Imagino que los ladrillos y las ramas arman un puente hasta esa otra tierra donde habitan mis pibitas. Pero no. El Bermejo tiene hambre y no le importa si son ladrillos, ramas o bichos. Se engulle todo. Todo.

Antes de que se corte la señal le clavo un mensaje a la Yani.

Yani, decile a la pibita que digo yo: Mirá, ojitos negros de mi vida. Te voy a decir algo y no lo olvides: El río se respeta. Es bravo. Papá está del otro lado. Pero vos quedate ahí. Y no tires más juguetes. Lo que el río come, lo guarda para él.

4.

¿Y qué hacemos? Me agitó la Yani, cuando la Lupe empezó a latir.

Yani. Le digo. Es una ponjita para vos y para mí. La tenemos y se cuida. Yo quiero.

¿Vos querés?

¿Y cómo la vamos a cuidar?

Yo voy y vengo de un lado a otro del río en la motito. Meto mil ladrillos por semana, traigo plata y vemos qué se arma.

Me da miedo. Dice.

A mí también. Le digo yo.

Ya no vamos a ser pibitxs. Recita.

¿Y qué vamos a ser?

No sé.

Pibitxs somos igual. Digo. Pero tenés que querer. Y si no te va que te crezca una pibita me decís y no se habla más.

Yo quiero. Remata.

Y yo te quiero a vos.

No sé cómo se hace.

Ni yo. Le digo. No sé nada. A mí me gusta la cumbia y si somos tres se baila igual.

5.

De pibitas recién nacidas no sabía nada. Cuando nació la Lupe tuve que aprender. Tampoco sabía nadar. Aprendí con videos de *yutube*. Nadadores olímpicos. De esos que se levantan a las 5 a la madrugada y antes de que salga el sol ya están en el agua de esas piletas calentitas. A mí el río nunca me dio ganas de nadar: en el río se pesca y

nada más. Ahora me la banco. No sé si le pueda ganar al Bermejo, pero se la voy a pelear. Me da miedo meterme, sí. No soy un gil. Por eso entreno duro. Ayer a la medianoche probé un toque. Es una hora en la que nadie ve. La pasé bastante mal. Terminé agarrado a un pedazo de rama atascada en esta orilla. Una de las tantas ramas que tiro para ver cómo se mueve la corriente. Abajo de esa piel roja el río es una picadora. Una moledora. Una tropilla de caballos rojos que te patean y te deja *nocau*.

Ja.

Con mi viejo veíamos el box. Ojalá tuviera los brazos del Loco Castro. Esos que nadaban en el ring como dorados hambrientos: o lo cruzaban, o quedaban ahí, ya lo dije, *nocau*.

El Bermejo es el ring. El otro boxeador es invisible, está en la corriente o es el cansancio, no sé. Ojalá tuviera alas como los *Equis-men*. Pero no. Tengo estos brazos. Estas piernas. Nada más. Curtite ojo chino.

Ja.

No pienses. Sos un ninja. Y ellas, tus pibitas, te esperan allá. Hay que darle a la sogá un poco más. Ganar patada. Aguantar la respiración. Entonces me ato ladrillos en los brazos y en las piernas, gano resistencia, fuerza, precisión.

6.

Algunas noches sueño que el colchoncito que tengo en la pieza de la ladrillería se hace agua. Y el agua un río ancho. Y me hundo. Y mientras pateo y trato de respirar me salen branquias, aletas, se me caen los párpados y soy un pez. Un pez rezarpado. Algo así como un surubí o un dorado. Una bestia milenaria que surca el río como un rey. Y entonces nado a pleno. Cabalgo el río como en un videojuego. Voy y vengo de una costa a otra. La Lupe aparece en el sueño y sabe que ese pez soy yo. Y entonces salta al río y se sube a mi lomo y voy apenas abajo de la piel del río, para que ella navegue como una princesa india y dorada del Bermejo y sus corrientes. Y ahí me despierta el sol. Me arranca del sueño como un pescador arranca los peces del río.

Por un segundo, con los rayos del sol que me flashean, medio dormido todavía, me ilusiono con que ese colchoncito es el que tengo del otro lado con la Yani. Y que ahí nomás, en la otra piecita, la Lupe se agita como una mojarrita que quiere morfar.

Pero no. Sigo acá. De este lado todavía.

Cuando cruce le voy a cubrir las manos de besitos. Que las manitos son, no sé cómo decirlo, más lindas que la vida toda. Manojos suaves de dedos recién llegados a este mundo. Tan lindos que a veces te dan ganas de morderlos como a una fruta que ni existe. Cuando cruce, con toda la plata de los ladrillos, le voy a comprar un regalo. No

sé cuál. El que ella quiera. Ahora ya debe hablar y pedir cosas. Seguro la Yani le enseñó a decir Papi, Ojo chino. No sé. Seguro con esa vocecita, que seguro tiene, me dice: Papi, Ojo chino, comprame eso. Y yo le voy a comprar todo. Si me pide un parlante reflashero contrabandeado del Paraguay, si me lo pide con su vocecita, se lo compro sin dudar. Y con ese parlante reflashero vamos a bailar pasitos bien cumbieros al rayo del sol. Birra la Yani y yo, y la Lupe un juguito de frutilla. Y después nos vamos a bañar los tres. La Lupe, La Yani y yo. Y nos vamos a poner bien glam. Recancherxs. Zapas con luces la Lupe. Y la Yani seguro ese jean ajustado que le marca el culito musculoso. Y así, como una tribu dorada, vamos a ir a comer hamburguesas más grosas que toda esa ropa junta. Y después a tomar helado. Kilos y kilos de helado con gustos reinfantiles: Crema del cielo, flan, *bonobon*, lo que sea.

Y ahí la Lupe se va a quedar dormida, fulminada como una cachorrita, arrasada por ese día glorioso. Y después de acostarla en su camita y de mirarla un millón de minutos, La Yani y yo vamos a rumbear para la costa otra vez. Voy a conectar mi blutú al parlante nuevo de la Lupe, y voy a buscar una cumbia relenta, reromántica y perfecta para coger:

<https://www.youtube.com/watch?v=rMUY3dNyJX0>

*PIBITO baila lento.*

7.

Redirecto voy a ser. La peste me dejó de este lado. De una noche para la otra cerraron el mundo: Las fronteras y los pasos. Los polis vigilan el río. Todo.

Yo estoy sano, Poli.

¿Cómo sabés?

Mi hija tiene dos años y cuatro meses.

Eso no importa.

La Yani necesita plata. Necesita lo que gano de los ladrillos.

Que se arregle como pueda.

Una mierda la peste forra. El contagio se esparce por el Chaco como chispitas de rocío. De la noche a la mañana están todos desesperados. El hospital se llena de gente que la sufre y nadie sabe qué hacer.

Metete en ese rancho, ladrillero. Quedate ahí, que acá no pasa nadie.

Así los lameculo de Formosa encierran a la Yani y a Lupe, como si pudieran quedarse con ellas en sus tierras y dejarme a mí, acá, solo.

¿Tenés papeles?

No. Todo quedó allá.

No hay forma de volver. Ustedes son la peste.

El poli vigila cada centímetro de tierra guacha como buscando oro. Ni con los paraguayos que trafican pasta se ponen tan violentos.

Redirecto voy a ser: Acá la poli, si les das un billete afloja rápido, y si además les das una pastilla o medio gramo se juegan la vida por vos y son tu ángel de la guarda. Pero yo voy y vengo en motito y piso el barro para hacer ladrillos. No te puedo ofrecer nada, rati. La plata la necesito para la Lupe, para la Yani y para mí.

**8.**

Así, de jeta al río, en la piecita del ladrillero me refugio de la peste. Como un preso.

Sin nada que hacer. No se trabaja, ni se vende. Se envejece. Ni mensajes les puedo mandar, el celu se murió. Es peor que estar en un mal sueño. Con 23 me siento un viejo que se muere de tristeza en su cuevita.

Ja.

Pido la autorización mil veces. De memoria me sé el procedimiento que nadie responde nunca. Aprendo todo, soy perfecto, me peino, doy la imagen de formoseño reculeado, a ver si estos mierdas me dejan pasar.

Lo que quiero es una sola cosa, les grito un día: Ver a mis pibitas.

Ya fue pibe. No grites. Olvidate de cruzar ahora. No pasa nadie.

Poli, mil veces vine, ya me conocés. No quiero cagar a nadie. Ni meter falopa por tu paso. Dejame entrar nomás, que no se entera nadie. Son las 4 de la madrugada.

No.

Dale, poli. Ok. Ya entendí tu cumbia: Querés guita. Te doy 10 mil, ya no me importa, es todo lo que tengo.

No me jodas, pibe. No pasa nadie.

No es joda, poli. 10 mil y mi motito.

No te zarpes pendejo o te quedás sin la moto, sin la guita y sin cruzar.

Tengo una pibita relinda, mirá. Te dejo el celu, este, el parlante blutú, las yantas. Te doy todo.

No.

¡Rati / Yuta / Cana / Pitufu / Gorra / Cobani / Milico / Ortiba / Botón / Bigote / Vigilante dejame pasar!

Hacete hombre y cruzá nadando.



Ay, si yo no tuviera todo que perder te abro en dos como a un bagre. Te destrozo la cabeza de un ladrillazo. Pero no, rati. Yo soy un pendejo remansito. No tengo ninguna maldad. Tengo 23, un pibito soy. Aunque el mundo sea una peste y me mande a laburar. Yo lo que quisiera es tener alitas y pasar volando arriba tuyo, poli. Que ni me veas. Ni me sientas. Como una mariposa silenciosa. No es tuya la frontera, ni el río, ni nada. El río es de los pibitos y pibitas que vienen a coger. Como la Yani y yo que somos inofensivos y la hicimos a la Lupe supersónica. Quiero cruzar el río para sacar mojarritas con ellas. Revolcarnos en el pasto, hacer pocitos y sacar lombrices. Mirar los dibujitos en el celu. Soy un pibito que quedó, por culpa de la peste y de los ratis y de todo el papeleo de este mundo, del otro lado del río. Del lado más lindo. Pero del lado equivocado.

Poli, sos un pibito vos también. Te dieron un arma remagnífica para salir a cazar de noche. Pero yo te veo el miedito, lo tenés ahí entre las manos, ahí parado en el medio de la nada. Vigilando este paso. Este río milenario. Mirando entristecido la noche negra. Cuidado con la noche negra poli-pibito. La noche esconde monstruos que se morfan a los ratis como vos. Sos un niño vos también. Yo te invito una birra, si querés. Una pizza con queso recargado. Tirá tu arma remagnífica a la garganta del río que se come todo y vamos a jugar. Si me dejás pasar, si jugás conmigo, te convertís en amigo del alma y a mis amigos del alma yo los tengo en el corazón. Les doy mis figuritas más caras. Podés confiar en mí. Si me dejás pasar te juro que te regalo cada uno de los ladrillos de esa casa que soñás. Dale, si sos un pibito vos también. Dejame pasar, que a esta hora nadie ve.

Pero no.

Nunca al poli se le ablanda el corazón. Mira la noche negra y dice no.

No.

No.

No.

**9.**

El celu se murió. Escribo mensajes en el teclado muerto. No llegan fotitos de la Lupe, ni audios de la Yani. Intento pasar a Paraguay para volver de contrabando, pero no. Nadie va. Nadie viene. El Bermejo es un desierto arrasado por la peste. Mil permisos pido. Siempre digo lo mismo: Quiero volver a mi casa. Ahí están la Yani y mi pibita de colores. Me quedé del lado equivocado. Tenía que trabajar. No me dio tiempo a volver, nadie me avisó. Necesitan plata.

Por favor.

Un día el río escupe esta sogá. Esta sogá es de la Lupe. La escupe enroscada en una rama. Gracias, Bermejo. Beso la sogá y empiezo a saltar. Soy un boxeador que entrena en un ring desierto al rayo del sol. Salto y la imagino a la Lupe, haciendo lo que hace mejor: Se para en el borde, entre los yuyitos que son casi más altos que ella y zaz. Sin mirar tira los juguetes al río, con la destreza de una futura lanzadora profesional.

Ja.

Lupecita: Te vas a quedar sin nada para jugar.

Muñecas.

Tren de madera.

Ladrillos de colores.

Maderas para pintar.

Témperas y pinceles.

Plastilina.

Tijeritas.

Peluches.

Pelotas.

Sogas.

Baldes y palitas.

Mesa y sillita para mirar el río.

Burbujero.

Brillantinas y piedritas preciosas.

Su pato verde.

Todo lo tira al río, como una venganza.

Cien metros nomás separan este continente de aquel. No queda otra, ojo chino, vas a tener que nadar. Esa certeza se me clava en esta mente toba cuando el río escupe esta sogá: Voy a nadar. Voy a cruzar. Voy a nadar. Voy a cruzar. Voy a nadar. Voy a cruzar.

Qué lindo tu culito Yani.

Clap clap clap.

**10.**

Esta noche me lanzo. Hoy es el día, me digo. Vuelvo a vos y a tu culito, Yani.

Vuelvo a vos Lupecita. A tus cachetes de negrita encantadora. Voy a cruzar el río a puro nado.

Son 100 metros.

Ja.

Ni una pizca de miedo me mete eso, comparado con el amor con el que voy a bracear. Me alimento con frutas y cosas piolas todo este día. Todos los días.

Banana.

Naranja.

Manzana.

Maní.

Girasol.

De vez en cuando un puchito de tabaco armado, para despejar el bocho nomás.

Me siento relindo. Si la Yani me ve así, entrenado, seguro me garcha sin parar.

Un poco de tristeza siento por este rancho de ladrillo que me hizo de cueva durante meses. Guardo la plata que tengo en una bolsita súper cerrada y me la ato en un brazo para que no se pierda en el río. Es un montoncito de billetes regresos que suman como 10 mil. Por último, guardo la moto en la piecita:

*Chau compañera de hierros milenarios.*

*Potra galáctica. Topadora todo terreno.*

*Ya voy a volver a vos.*

*Te lo prometo.*

Alisto mi shorcito resexy para atravesar el río. Es la única indumentaria. El resto, que es poco y nada: estas llantas, la campera-capucha, el celu que no funciona, lo dejo acá.

11.

Yo nunca miro el día, o sea el sol, los árboles y esas cosas. No miro la luz que se refleja en el agua. Ni cómo las hojas parpadean entre los árboles. Pero hoy el día brilla y hoy lo puedo ver. Brilla como si el sol estuviese más cerca. Como si quisiera calentar el agua para mí, y que esté tibia a la hora de saltar. Y ojalá brille por vos, Lupecita. Y por vos Yani. Ojalá este día brille para los tres.

Me quedo en el sol el día entero. Soy un lagarto que carga energía para la caza nocturna. Tiro algunas ramas al río para ver cómo se mueve la corriente. El río se abre y se cierra como compuerta de acero líquido. Qué poderoso es. La rama desaparece y la imagino que pasa por las tripas del Bermejo. Entonces de la nada invento un rezo, una plegaria para darme fe:

*Teneme piedad río viejo.*

*No es contra vos.  
Necesito pasar.  
Volver a casa.  
Tocar a la Yani, alzar a la Lupe.  
No es contra vos, Bermejo.  
Ayúdame a pasar. Tememe piedad.*

Mi papá tampoco sabía nadar. Se ponía las manos así para zambullirse en el agua. Siempre me lo acuerdo. No sé nadar, me da miedo, me decía  
Mirá pa: Hoy voy a probar mi mejor estilo pecho-mariposa. Los dos brazos juntos al frente sobre la piel del agua y después hacia atrás, al mismo tiempo, abriendo el río por sus entrañas. El movimiento de los brazos es como un pasito de cumbia enamorado. La clave es un meneo de anguila en las caderas. Y rematás con la patada de dorado, es un temblor resacado de los pies bien pegados que parte el río en dos. Te pido, pa, que esta noche cuando salte, estés donde estés, me des un empujón vos también.

## 12.

La noche llega y anuncia con un coro de chicharras que se acerca la hora de flotar sobre el Bermejo. Antes de saltar miro las estrellas rezarpadas. Qué lindo el cielo Lupecita. Miralo y ojalá te flashée como a mí. Siento los brazos que me hierven. Dos rocas de fuego tengo acá para abrir el río. Secarlo. Que se evapore mientras cruzo.

Despido a la motito.

Me saco la remera.

Camino hasta el borde del río.

Me brilla el cuero, un reflejo de la luna blanca y gigante sobre la piel. Estoy solo ahí. En la noche chaqueña a punto de saltar al Bermejo.

Soy, imagino, como uno de esos negros que saltan al mar en África para nadar hasta otras tierras. Si ellos atraviesan un mar para salvarse, cómo no voy a atravesar yo este río de cien metros. Si los negros aguantan días en el mar. Días sin comer. Días sin agua. Cargando sus pibtxs en la espalda. Cómo no voy a poder yo flotar hasta la otra orilla. Esos negros allá en el África son igual que yo esta noche. Hundidos ellos en el mar y yo en este río casi rojo. Somos todos unas mariposas aleteando sobre las aguas de este mundo. Y un poco menos solo me siento así, abrazado a ellos que también salen a volar. Y entonces, como esa vez que salté del tanque a la pelopincho, ahora salto al río. Con esa fe de pibito resacado que se cree un ninja súper ágil. Y aunque yo no creo en nada:

cuando estoy en el aire, antes de caer, digo un rezo infantil que se dispara como un flash:

*El Señor es mi pastor, nada me falta:*

*en verdes praderas me hace recostar;*

*Me conduce hacia fuentes tranquilas y repara mis fuerzas.*

*Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú vas conmigo.*

Y no le hablo a Dios. Las imagino a mis pibitas. Ellas son el único remanso. Lo único que va conmigo.

Ahí en el aire, durante ese segundo, pienso que sí, que voy a volar. Y por un instante vuelo. Por un segundo los músculos, ahora contraídos, pierden su gravedad y me ayudan a flotar. Miro la otra orilla, como un pájaro que calcula la distancia hasta su presa. Meto la cabeza entre los brazos para cuidar la entrada al agua y la gravedad se desploma contra mi lomo otra vez.

El agua está tibia ahí en la superficie. Me recibe bien el río. Vamos. Las primeras brazadas son un baño de verano. Siento cómo mi cuerpo escupe el calor acumulado bajo el sol. Como si tuviera el cuerpo ardido. Pero no. Tengo el cuerpo estallado de sangre. Nado. Hago un trabajo fino. Delicado. Le hago caricias al Bermejo. Estamos bailando cumbia.

Ja.

Si me vieras, Yani, lo bien que me muevo acá.

30 metros más allá de la orilla la corriente cambia. Lo tengo bien estudiado. Siento un sacudón, es la boca de este monstruo rojo que se abre. Siento el bostezo del agua fría que sube desde el fondo. Un fondo lejano. Un estómago hambriento de pibitxs que se dejen comer.

Ja.

Cada brazada es un cross a la mandíbula del río que resiste, es un boxeador veterano y sabio. Yo también recibo golpes. Directo al bazo, que se me retuerce como una anguila afuera del agua.

Quedan 70 metros hasta la otra orilla. Todavía tengo los músculos bien despiertos. Fosforescentes de tanta azúcar. Soy como una libélula que atraviesa la noche. Nado. Nado sobre la lengua del Bermejo que me reclama. Tenés razón río viejo. Lo que entra es tuyo. Yo te doy alimento si me dejás pasar. Pero ahora no puedo ser yo tu carne, tu arroz, tu pan.

50 metros voy. El agua está helada. Como si un glaciar herido en el fondo se desangrase muy despacio. Yo agito una cumbia bien ruidosa en la cabeza para combatir ese deshielo y la imagino a la Yani que baila del otro lado.

60 metros de río ya dejé atrás. Un poco me hundo. Perdí precisión. Nada grave. Relajo los músculos y me dejo arrastrar unos metros por la corriente para descansar los brazos y la patada. Hago la planchita y respiro. Descanso. Cuando vuelvo, arremeto. Con cada brazada me estiro casi un metro. Se pone bravo el río, es una piraña que se morfa cada tendón.

Mierda.

Mierda.

Cómo duele.

Empujo para abrir esa agua densa y espesa igual que las gelatinas que la Lupe come.

No sé bien si la corriente me torció la dirección. Si no estoy nadando hacia cualquier lugar. No sé. El ruido de la corriente es lo único que existe y mi respiración, ahora más débil, que presiona los pulmones. Estoy solo y nado en este río. Y no sé ya, si no soy una parte del río yo también.

Voy a llegar a vos, Yani. A vos Lupe.

Nado diez brazadas que arden y pinchan en cada músculo. No quiero llegar y que ustedes no existan. Quiero llegar a esa tierra en la que vos, Yani, le enseñás a nuestra pibita lo único que tiene sentido: bailar como locas de sol a sol.

Pateo el agua con la furia de todo el viento norte de esta tierra. Pateo para que el corazón y los pulmones resistan. Pateo y justo ahí siento que la mano se me enreda, que los pies también.

No. La puta madre, no.

No puede ser

Soltame.

Soltame ya.

Es una red de pesca que vaga por el Bermejo. Y justo me tiene que agarrar a mí. No, la puta madre. Qué mierda. Pescadores malditos. Saquen sus redes cuando se van, hay pibitos en el río que intentan cruzar, que entrenan duro para llegar de una orilla a la otra. No es justo que sus redes nos atrapen. No sean cómplices de la yuta. Hay pibitxs en el río que quieren cruzar.

Pero no. La red es el enemigo. Y entonces el río me traga. Y siento que eso es todo. En la pelea trago agua roja en la oscuridad de la noche. Y me hundo, como si de repente el agua fuese la plomada más pesada. Como si todos los ladrillos que tiré los tuviese,

ahora, adentro mío. Caigo mil metros, ahora todos los ríos y mares se mezclan. Ahora sos me digo, sos uno de los tantos negros ahogados en el mar; un pibitx más en el fondo del río del contrabando.

Ojalá me hayas visto nadar así, pa. Le puse garra.

Y me digo, bueno. Ya fue. La pasaste bien. Bailaste cumbia. Cogiste tanto con la Yani que explotaron en una pibita que la rompe con su hermosura.

Ya fue. Vas a morir, ojo Chino. Aprovechá esta caída libre y descansá de todo el empuje de los brazos y las piernas.

Cuando era chico, me decían que lloraba mucho. Tal vez, imagino ahora, yo tenía el río adentro.

Y me desplomo. Me suelto. Me abandono a la corriente. Que haga lo que quiera conmigo. Ya no puedo más. Aunque al menos, ahora sí, por fuerza de todas las aguas, siento que, por fin, vuelo.

13.

<https://www.youtube.com/watch?v=sDXA21JWfDM>

*PIBITO tira altos pasos: mezcla de cumbia y nado mariposa y todo lo que dé.*

Ja.

No puede ser. Un rayo de luna le da a la montaña de los juguetes que la Lupe tira desde que es una bebé.

Ja.

Doy una brazada ahogada, agarro la tijerita minúscula que parpadea como una latita de cerveza en la oscuridad.

Ja.

Qué chiquitos son tus dedos, Lupecita.

No sé si estoy muerto o alucino. Con la tijera descuartizo la red de pesca de un saque. Con el oxígeno que me queda, pateo el agua como si pisara los ladrillos más hermosos de este mundo. Subo. Subo. Me prendo al tren de madera, a los ladrillos de colores y a los pinceles. Los baldes y palitas me sirven para escalar. Agarro su pato verde, lo fijo entre los dientes para llevarlo de regalo. Ya no nado, trepo, escalo como un ninja la montaña de colores, que sube hacia la superficie.

Acá está la última fuerza de todos mis músculos, Lupecita: Clap. Clap. Clap.

En la cima de la montaña de juguetes está la sillita de la Lupe.

Hago pie, saco la cabeza del agua y manoteo las raíces de un yuyo que se prende en el barro.

Respiro.

Respiro todo el aire de este mundo.

Escupo el agua que sale roja de los pulmones heridos.

14.

Apenas unos metros monte adentro mi casita está en silencio. Cada uno de los ladrillos de esa casa los pisé yo.

Ja.

Me quedo ahí, descansando como un dorado en el borde del río. Imagino la respiración de la Lupe. Su panza blanca de mojarra, que sube y baja con cada isla de aire que entra y sale por su naricita.

Una luz se prende en mi casa. La Yani abre la puerta. Abre la puerta y sale. Sale en bombacha y con remera. Camina hacia el borde del Bermejo.

¿Y si las subo a mis pibitas en este lomo dorado? ¿Y si por el Bermejo nado hasta el mar y atravieso el océano hasta otra tierra que nos quiera más? ¿Existe ese lugar para nosotros?

Ahora la Yani camina hacia mí.

Salgo del agua, con mi shorcito súper sexy.

Soy yo, le digo.

Ya sé, me dice.

No llora.

No lloro.

Se nos dibuja una risa más grande que la luna entera.

Ojo chino, dice.

Yani. Le digo.

La Lupe duerme, tranquila. Dice. Seguro sueña con vos.

Le traje el pato verde, le digo.

Ja. Reímos.

Nos miramos un toque así de cerca. Y nuestras lenguas van derecho a lavarnos toda la ausencia de esta tierra. Y hacen lo que saben hacer mejor: besar.

**Fin.**



## **PIBITXS DEL RÍO**

Este texto es para recordar a Mauro Rubén Ledesma (1997-2020).

La cuarentena lo dejó a cien metros de su hija y de su novia.

Con un río en el medio.

Durante meses pidió permiso para cruzar.

Un día no aguantó más y saltó al río.

Y el río se lo quedó.

Y también a todxs lxs que saltaron.

## UN RÍO

En la primaria aprendí de memoria el Preámbulo de nuestra Constitución. Me gustaba la sintaxis; ese ritmo que se inauguraba con el tan vasto “Nos”. Jugábamos a repetir el Preámbulo lo más rápido posible, como quien entrena una destreza. En esa infancia, lo que esas palabras contenían era un misterio: formaban parte de ese conjunto, de ese tramado complejo que es la vida ciudadana y que todavía era una responsabilidad de otros y otras: lxs adultxs.

Esa vida adulta trajo, muchos años después, una sintaxis material para esas palabras y le sumó a la abstracción del ritmo de ese juego infantil, la espesura propia de la responsabilidad civil y el ejercicio de una ciudadanía configurada desde la infancia. Y mi infancia fue labrada en el ceno de un barrio en el interior de un pueblo Chaqueño, rodeada de represas y monte, en una extendida clase media-baja.

El territorio de la infancia -ese suelo- es un paisaje que viaja conmigo igual que una sombra. Ese paisaje en el que crecí era la consumación de toda mi libertad y crecimiento: correr, pescar, andar en bicicleta, trepar los árboles. Una vida conectada al suelo y su materia.

Hace unos meses ocurrió un hecho trágico en el Río Bermejo que separa las provincias de Chacho y Formosa: La pandemia dejó de un lado del río a un joven padre de 23 años y a su hija y su novia del otro. El río, ese límite de agua, los separaba imponiendo una distancia casi irónica de apenas 100 metros. El Estado, por su parte, imponía una separación agravada y sujeta a la coyuntura del Covid 19. Este joven pidió los permisos necesarios para reencontrarse con su hija y su novia, los cuales le fueron denegados una y otra vez. Decidió, finalmente, cruzar nadando el Río Bermejo durante la noche. El río impuso su severidad con crudeza: las corrientes lo hundieron y el joven murió.

Si esta noticia no pulverizaba ese territorio mítico de la infancia, donde mi subjetividad está, muchas veces, a salvo, al menos lo suspendía. La defensa común, el bienestar general y la libertad no estaban garantizados en mi suelo. Ese suelo que el ritmo manso del Preámbulo defiende como derecho de los hombres y mujeres que lo habitan.

Esa noticia y la tristeza que me provocaron, son la materia -el fuego- para esta obra que presento. Y que fue escrita con el deseo de guardar y recordar las causas de esta muerte.

Al igual que el Preámbulo, la dramaturgia está erguida sobre palabras que son, esencialmente, acción en potencia. Una potencia capaz de modificar el tiempo y el espacio subjetivo y objetivo de las personas. En el tránsito de esta reflexión para el

presente certamen, me doy cuenta que este fragmento del Preámbulo: “*habitar en el suelo argentino*”, era una garantía que había quedado en suspenso y, como en un cuento trágico, ese suspenso se cobraba la vida de una persona.

También, la relación que establece la obra presentada aquí con el Preámbulo está anclada en el lenguaje: de alguna manera, concebí la obra para recordarme/nos que la garantía de habitar con libertad nuestro territorio es delicada y que debe ser atendida cada día, porque cada día que no se atiende una vida corre riesgo.

No se puede recuperar una vida que se perdió. El teatro, como mucho, puede recordarnos las causas de esa pérdida, darnos una revancha poética para purgar el dolor y llamar a la solidaridad y la empatía humana.

Quiero decir: creo en las palabras, creo en esa garantía poética que el lenguaje configuró en mi infancia. Creo en ese “Nos” que me incluye y que garantiza “los beneficios de la libertad”. Era hermosa esa infancia donde el río no acechaba. Escribir esta obra contiene una esperanza enraizada en la solidaridad cívica que debe proteger la vida.

Tengo una fe. La de la potencia de la lengua y los cuerpos. Cuando un cuerpo habla entra en el territorio de la acción. Y toda acción es siempre una expresión política. La obra presentada aquí busca eso, que las palabras sean acción y que la acción garantice nuestra libertad.

Fabián Díaz.

1 de febrero de 2021.

**Fabián Díaz (Villa Ángela, Chaco, 1983).** Es dramaturgo, director y docente. Mag. en Dramaturgia y Lic. en Actuación por la Universidad Nacional de las Artes. Escribió y dirigió *Diarios del hambre*; *Arizona mi amor*; entre otras. Sus obras *Rohayhú*, *Pato Verde* y *Los hombres vuelven al monte* fueron premiadas y publicadas en diversas editoriales en español e inglés. Fue artista residente de la Royal Court Theatre de Londres. Desde 2021 coordina el Taller Federal de Escritura Escénica del TNC.